

LA LLANURA

LOS dos solitarios hombres hablaban incesantemente, sin entenderse nunca, ténaces en su monólogo compartido por todas las veredas y a todos los huracanes, como si el mundo fuera una palestra de la palabra donde una vez terminado el discurso, todo acabaría irremediablemente.

—Recuerdo el año del desastre, cuando las tierras bajas del sur quedaron arrasadas por el turbión despeñado, todas llenas de lodo, que no se podía caminar.

—Es que yo no sé lo que sucede con las mujeres, que todas son iguales, por mejor decir, todas son diferentes, pero acaban haciendo las mismas cosas con el hombre.

Después volvían a su breve reflexión, para buscar nuevas ideas y recomenzar la charla inacabable, siempre igual, monótona y dispersa, paralela con presunción de infinito, como las quemantes arenas del desierto, abrasadoras y trágicas, pero necesarias en cualquier caso.

—Por la tarde, cuando los pájaros...

—Si no puede ser, la llanura...

Y la llanura, en efecto, extendía su esplendor por sobre los malsanos aires, por sobre la fecunda luz del sol que todo lo calcina y hace amargo, tal vez dulce, siempre crecido y liminar.

—Verá usted, amigo Licario, a mí la hierba me produce una triste sensación de hambre sin acabar, de hambre dura que nunca encuentra término en su afán. Por eso me sentí feliz con la tormenta, cuando la lluvia lo arrasó todo y dejó los campos de hierba convertidos en lodazal inmenso, viscoso y envolvente. Me sentí a gusto, casi feliz, descansado de tanta lucha y tanto caminar sin fin.



—No le falta razón, no. Ya lo ve, las mujeres apenas entienden nada y todo lo revuelven y hacen al revés, mismamente los hombres y los niños. Porque los hombres estamos hechos de la piedra dura y las plumas del águila. Bueno, pues las mujeres no lo ven así, no lo entienden. Sí lo entienden, quiero decir, pero no se avienen a reconocerlo y creer en la fuerza y superioridad de los hombres. Porque se ha escrito hace mil años que las mujeres sólo pueden ser la costilla de los hombres, y no lo aceptan, se encabitan y lo niegan. Y los niños, igual que los hombres (las niñas no cuentan ¿eh?, las niñas no son todavía personas, sino fantasmas de una vida que está por llegar), no los quieren ni valorar como son. Ya desde la teta les dan leche distinta, menos dulce que a las niñas, y no entienden que eso mismo está escrito en las tablas de la naturaleza: la leche amarga y fuerte hace pelota en los niños y los camina para hombres de fuerza y lucha.

—Exacto, amigo Licario. Cuando, por fin, salió el sol, ya nada quedó para ocultar mi desconsuelo. Todo a mi alrededor era gris y lunático, estabilizado y corpuscular, azul y sin remedio. ¿Me entiende usted? Y no me diga que los adjetivos no suenan. Los adjetivos tienen poco que ver con la naturaleza y con el barro. Lo que importa son las ideas, los conceptos, como dicen los filósofos. Porque de los conceptos y las ideas sale la sangre del pensar. Pero esto es otro tema, amigo Licario, lo cierto es que la llanura gris y líquida tranquilizó mi alma y dejó la imagen libre del miedo y el desdén. Pude pensar y pensé que Dios es una piedra inmensa escapada de cualquier desierto, rodada y firme por el mundo esperando la lluvia y castigando a los hombres.

—Por completo de acuerdo con usted, amigo. Las mujeres son así y no hay manera de cambiarlas. ¿Decía usted de Dios y la lluvia y la roca? Eso es verdad. Las mujeres son lo mismo: lluvia, roca y un poco dioses (no conviene decir diosas, porque eso las hace femeninas y no les gusta; mejor dioses; que tienen el poder y la fuerza para decidir sobre los hombres y las mujeres, particularmente sobre los hombres: quedamos en que dioses, para mayor feminismo y definición de las fuerzas que equilibran la naturaleza) a la deriva de los vientos y las tormentas, rodando por las montañas y viniendo a parar, finalmente, a la parte baja de los valles, donde los perfiles se hacen redondos y suavizados. Todas como el aire que nos hace respirar y vivir. Verá, querido amigo, conocí a una que se llamaba, y pienso que todavía debe llamarse, Amaranta. No sé si fue por por el nombre extraño, no



lo sé muy bien, pero Amaranta fue para mí el descubrimiento, la redondez de las ideas tantas veces meditadas y nunca percibidas con la suficiente claridad, el agua de la sed que se termina y siempre comienza, la lejanía y la proximidad, el viento y la distancia, en una palabra, fue la idea de mujer arquetípica; (no se fie usted ni le impresionen las palabras: yo hablo en este momento como si el mundo fuera unívoco y perfilado, definido en la inmodestia de las formas universales encarnadas en vividuras increíbles pero pensables y hacederas en el tiempo y el espacio, una topología inexistente, aunque relacionable con el ser y el pensar. Usted acabará por entenderme, es decir, tomará mis ideas y las cubrirá con sus propias palabras, esa es la dialéctica de vivir y crear. Por eso le repito que no le impresionen las palabras. A mí me sobran a veces y otras no encuentro las que vengan a pensar lo que digo) desdoblada, hecha micronésimas de organismo hasta lograr la imagen unitaria de esta mujer encarnada y sensible, única vía de conocimiento para este hombre que ahora soy yo. Surgió y la conocí en su esplendor, desdichada y feliz, absorta y tremolante como las banderas, siempre propicia y nunca dispuesta para ser tomada: su querencia era darse sin recibir, sin esperar respuesta. Callada en los diálogos y locuaz sin detenimiento en el amor desenfrenado. Todo lo viví, todo lo experimenté, todo lo hice carne de mis ideas a través de Amaranta. ¿Y sabe usted, desconocido amigo? Desde que vi sus ojos de violeta tuve una extraña sensación: mis montañas desaparecieron cortadas por el frío de algún huracán. Todo comencé a verlo sin sombras ni perfiles. Y cuando la claridad completa se me reveló, me entraba sólo en medio de una llanura infinita, junto a un álamo perfecto y vertical que no tenía ni proyectaba sombra, pese al sol poderoso que brillaba. La llanura, el álamo y yo éramos el horizonte concentrado.

—Así es de constatar, ciertamente, amigo Licario. La piedra en la piedra vino a encarnar en la mujer, en todas las mujeres, en los trigos, en las amapolas, en los asesinos bosques de eucaliptus (¿sabía usted que la celulosa tiene su base en la madera fácil y rápida del eucaliptus? Pues créalo pero, piense al propio tiempo que el tal árbol destroza el sotobosque de los alrededores, deseca y hace blancas las rojas tierras y produce un aire violeta y agrio que perjudica respirar incluso a las bestias) en las rocas, en los pinos sin tiempo y sin futuro. Pero la roca de Dios un día se hizo suave y vino el viento solano a las umbrías cargado de areniscas invisibles, capaces de horadar las más duras aristas, los encrespados salientes voluminosos, y comenzaron su labor de milenios hasta quedar todo convertido en valle, cir-



cular y perfecto en el horizonte que a veces parecía vecino y en ocasiones se alejaba hasta la pérdida de la visión, donde los ojos dejaban de serlo para convertirse en racimos temblorosos, capaces de hacer regresar al hombre a sus raíces y convertirlo en reconocedor del universo a través del tacto y la prensa sobre la materialidad de las cosas que viven y crecen a su alrededor. La llanura, pues, vino a transformarse en un círculo sin cambio, redondo y solar, perfecto en su planicie horizontal, donde los siete árboles (zacacias, chopos, cedros?) equidistan la razón y el sentimiento sobre la línea vertical del río incapaz de mover y variar las arenas de las riberas, simétricas, marmóreas y visibles desde la confluencia cenital del cielo. La llanura, poco a poco, adquirió formas animales, casi humanas, y se me fue revelando sensible y candorosa como la flor de una mujer que viene entre los árboles. Y un día, sin saber cómo, me despertó una leve brisa con el vaicinio de un descubrimiento auroral: la llanura se había trasmutado en mujer la concreta mujer de carne y hueso tantos años en expectativa. Las arenas, el agua, las ramas cimbreantes de los árboles fueron los verdes ojos, el pecho dulce, la húmeda piel cernida en mi presencia.

La llanura/mujer cerró los ojos un momento y pensó en los dos hombres solitarios, paralelos como caminos que abren la voz del infinito. Los pensó con amor y deseo al mismo tiempo, en la distancia etérea del solsticio de verano, cuando la luz es mucho más corpuscular y fina. Y se dispuso, amorosamente, a escucharlos una vez más.

—Si no puede ser, la llanura...

—Por la tarde, cuando los pájaros...

Como si el mundo fuera una palestra de la palabra donde una vez terminado el discurso todo acabaría irremediablemente, tenaces en su monólogo compartido por todas las veredas y a todos los huracanes, sin entenderse nunca, los dos solitarios hombres hablaban incesantemente.

